

Estructura urbana, mercado laboral y migraciones. Una aproximación al fenómeno de la segregación en una ciudad de la Patagonia (Neuquén: 1960-1990)¹.

Joaquín Perren

Profesor en Historia, especialista en Historia Regional (Universidad Nacional del Comahue, 2002). Doctor en Historia (Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires, 2009). Becario postdoctoral del Consejo de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET). Docente de las facultades de Economía y Humanidades de la Universidad Nacional del Comahue. Investigador del nodo “Centro de Estudios de Historia Regional” de la Unidad Ejecutora en red “Investigaciones Socio Históricas” (ISHIR-CONICET).

Resumen

El presente trabajo pretende estudiar la inserción socio-espacial de los migrantes en la ciudad de Neuquén para el periodo comprendido entre 1960 y 1990. Para llevar adelante este propósito, utilizaremos un corpus de tres mil actas matrimoniales extraídas del Archivo del Registro Civil de Neuquén. Esta clase de documentación nos ofrece la posibilidad de examinar la residencia y las competencias de ciertos grupos migratorios. Al mismo tiempo, con el propósito de reflejar en el espacio muchos de los fenómenos que las fuentes ponen en evidencia, hemos elaborado cartografías temáticas a partir de la utilización de Sistemas de Información Geográfica (en particular, ArcView GIS 3.3).

Palabras claves: Estructura urbana – migraciones - mercado laboral - segregación.

¹ Este artículo constituye una síntesis de nuestras investigaciones en torno a la distribución espacial de los migrantes en la ciudad de Neuquén para el periodo comprendido entre 1960 y 1990. Avances parciales, que sirvieron de insumo a este trabajo, fueron oportunamente publicados (Perren, 2007 y 2008).

El presente trabajo pretende estudiar la inserción socio-espacial de los migrantes en la ciudad de Neuquén para el periodo comprendido entre 1960 y 1990. No podríamos decir que este problema constituya una novedad dentro de la amplia literatura sobre migraciones. En los años sesenta, antes de la formación de un campo académico dedicado a estos temas, Germani había posado su mirada en los patrones residenciales como una clave para explicar la rápida asimilación de los inmigrantes a la sociedad anfitriona (1955, 1962 y 1963). Esa Argentina integrada, a salvo del mosaico étnico norteamericano, fue el lente utilizado para bucear en un pasado que se analizaba retrospectivamente (Devoto, 2003: 321). Pese a actuar como catalizador para el desarrollo de una frondosa literatura (Baily, 1980; Borges, 1991; Da Orden, 2000 y Moya, 2003) esta valiosa inquietud pocas veces avanzó más allá de la pampa húmeda y del límite impuesto por la clausura del ciclo migratorio masivo. El periodo abierto por la crisis de 1930 actuó, en cierto sentido, como una frontera blindada que, salvo algunas excepciones (Torres, 1975), no ha permitido el estudio de las pautas de residencia para épocas más recientes. La fuerza de esta doble limitación, tanto temporal como espacial, impidió que esa preocupación se trasladara a escenarios urbanos alejados del centro de gravedad del país, cuya explosión demográfica no estuvo relacionada con la expansión agropecuaria.

Neuquén es, por este motivo, una interesante plataforma desde donde observar los patrones habitacionales desplegados en ciudades que tuvieron su hora de mayor crecimiento con la difusión del recetario desarrollista. No se trata, sin embargo, de examinar esa problemática de forma aislada, sin contemplar las relaciones que necesariamente mantenía con otros factores de gran valor explicativo. En el dialogo entre lugar de nacimiento, nivel socio-ocupacional y ecología urbana neuquina encontramos un medio para las explorar las relaciones entre lo macro y lo micro desde un novedoso lugar. Apartados del tentador impulso de generalizar a partir del estudio de una red social, intentaremos individualizar las condiciones que sirvieron de base para la acción de los individuos que las integraban. Conviene, en todo caso, realizar el movimiento inverso: a partir del cruce de las mencionadas variables grandes variables deduciremos el registro de posibilidades a disposición de los migrantes (Otero y Pellegrino, 2005). Para llevar adelante la presente propuesta utilizaremos un corpus de

tres mil actas matrimoniales extraídas del Archivo del Registro Civil de Neuquén¹. Esta clase de documentación nos ofrece un enorme caudal de información que, alejada del “orden de los tabulados”, permite realizar agrupamientos *ad hoc*, muy útiles para examinar la residencia y las competencias de ciertos grupos migratorios. Al mismo tiempo, con el propósito de reflejar en el espacio muchos de los fenómenos que las fuentes ponen en evidencia hemos elaborado cartografías temáticas a partir de la utilización de Sistemas de Información Geográfica (en particular, ArcView GIS 3.3).

Una pizca de teoría...

Antes de avanzar en la reflexión de la diferenciación espacial en la ciudad de Neuquén deberíamos abrir un breve paréntesis teórico en relación al concepto de segregación. Podríamos empezar diciendo, junto a Levi y Brun, que esta idea remite "las formas de desigual distribución de grupos de población en el territorio" (2002). De ahí que pueda ser pensada como una de las formas en que se expresa el proceso de diferenciación social o, lo que igual, como la cristalización en el espacio de la estructura social (Machado Barbosa, 2001). Si aplicáramos esta idea al ámbito urbano alcanzaríamos una definición como la de Massey y Denton. Para estos autores, “la segregación residencial es el grado en el que dos grupos viven de forma separada uno del otro, en diferentes partes del medio urbano” (Massey y Denton: 1988). Claro que esta separación puede asumir diferentes formas y esto, como es de imaginar, complica cualquier posibilidad de acceder a la segregación a través de definiciones sencillas.

En términos generales, es posible hablar de tres modalidades a partir de las cuales se manifiesta el fenómeno en cuestión. La primera de ellas se refiere a la proximidad física entre los espacios residenciales de diferentes grupos sociales; fenómeno que los expertos norteamericanos lograron medir a través de la distancia media entre minoría y mayoría (Bond y Parker, 2000). La segunda, en tanto, apunta a descubrir el grado de homogeneidad social de las distintas fracciones que componen el espacio urbano. Este

¹ La muestra está compuesta por todas las actas matrimoniales cuyo contrayente masculino tenga a las letras C, G o M como inicial de su apellido. Del total de actas relevadas, 3052 fueron aptas para el análisis de los patrones residenciales de la población. Cerca de un millar de actas fueron descartadas por diferentes motivos (residencia fuera de la ciudad, ausencia de un domicilio exacto o bien por estar anuladas). La imprecisión de la información contenida en las declaraciones ocupacionales de las mujeres, sobre todo por la inexactitud del rotulo “quehaceres domésticos” nos obligó a realizar el presente estudio a partir de la ocupación del novio, tomando éste como indicador de la situación socio-económica de la unidad familiar.

faceta de la segregación fue estudiada con detalle por la ecología factorial, disciplina basada en la idea de las “áreas sociales” de Shevky y Bell (1955). El estudio de estas últimas, sostenido en aplicación de técnicas de análisis multivariado, permitía el acceso a aquellas dimensiones latentes que explicaban la diferenciación residencial al interior de las ciudades (rango social, urbanización y étnicas) (Muguruza Cañas y Santos Preciado, 1989). Una última forma de segregación, quizás más conocida debido a la vasta producción científica dedicada al estudio de los *guettos*, se relaciona con la concentración de grupos sociales en zonas específicas de la ciudad. Esta multiplicidad de formas que encierra la segregación urbana nos obliga a aproximarnos a definiciones mucho más precisas. Este es precisamente el atributo más saliente de la propuesta de Sabatini, Cáceres y Cerda (2001), para quienes la segregación residencial es “el grado de *proximidad espacial o de aglomeración territorial de las familias pertenecientes a un mismo grupo social*, sea que este se defina en términos étnicos, etarios, de preferencias religiosas o socioeconómicas, entre otras posibilidades”.

Más allá de este consenso básico, que pareciera entender poco de límites disciplinares, es preciso señalar algunas debilidades que, aunque insoslayables, nos obligan a ser cautos en términos metodológicos. La principal de ellas se vincula con la inconveniencia de homologar distancia física con distancia socio-cultural (Bond y Parker, 2000). Un llamado de atención, en este sentido, fue realizado por Devoto (2003). En una obra clásica, el historiador argentino sostenía que la cercanía espacial, en su caso de migrantes de diferentes orígenes nacionales, no constituía prueba suficiente para demostrar la existencia de relaciones sociales directas. En sociedades urbanas como las que nos proponemos estudiar, resulta inevitable lo que Colsson (1977) denominó “redundancia de actores”. Dicho de un modo más simple, el conocimiento en aquellos ámbitos de una multiplicidad de personas demanda a las personas seleccionar el tipo de relación que se establece: con la mayoría se anudan lazos superficiales y con un pequeño grupo vínculos más intensos (Grieco, 1987). Al mismo tiempo, y de forma conexas, es resulta importante indicar que el espacio residencial no es el único donde interactúan diferentes actores sociales. Aun frente la eventual ausencia de roce a nivel vecinal, puede que existan ámbitos donde aquellos establecen relaciones (por caso, lugares de trabajo, escuelas, mercados, asociaciones o celebraciones) (Luco y Vignoli, 2003 y Da Orden, 2005). Esta complejidad, muchas veces pasada por alto, vuelve necesario combinar distinto tipo de evidencia, desde documentos gubernamentales hasta

la prensa, con el propósito de morigerar las deficiencias de un enfoque absolutamente cuantitativo.

Una segunda alerta se relaciona con el problema de la escala de observación y, más precisamente, con la unidad espacial escogida para el análisis de la segregación. Como ya hemos dicho, esta última se vincula con la existencia de cierto nivel de homogeneidad o, lo que es igual, a la ausencia de mezcla social en el seno de un determinado espacio (Rodríguez, 2001). Ahora bien, un vecindario poco segregado a su interior puede que, ampliando la mirada al conjunto urbano, constituya un espacio altamente segregado, en tanto y en cuanto residan allí la totalidad de integrantes de un grupo social, ya sea ocupacional o étnico. La historia –y, dentro de ella, la literatura dedicada al estudio de procesos migratorios- ha advertido sobre esta cuestión. Autores como Borges (1991) y Frid (1991), para los casos de los portugueses en Buenos Aires y de los italianos en Rosario respectivamente, señalaron la conveniencia de reducir la escala de observación al máximo y así evitar los peligros que implican los límites político-administrativos, muchas veces poco hábiles para retratar fenómenos micro-sociales. Precisamente para sortear este escollo, que puede sesgar las conclusiones de nuestro estudio, organizamos la información a nivel barrial que supone, para las fuentes que manejamos, la escala límite de desagregación.

Una ciudad móvil en la Patagonia

Definido el concepto de segregación y hechas las salvedades del caso, conviene que nos detengamos en el análisis del escenario en el cual se desarrollaron fenómenos de segregación urbana. Una buena forma de acceder a los condicionantes societales de la diferenciación socio-espacial, usando las palabras de Machado Barbosa (2001), es realizando una somera aproximación a la población y la economía neuquina. En este sentido, no sería exagerado afirmar que las nuevas provincias del sur argentino presentaban, a comienzos de la década de los sesenta, una débil ocupación del territorio que se traducía en enormes espacios deshabitados, interrumpidos ocasionalmente por alguna mancha de población (Bandieri, 2005: 257). Aun cuando los primeros proyectos de colonización se remontaban a los años que siguieron a la mal llamada “conquista del desierto”, sus resultados fueron extremadamente pobres. Para mediados del siglo XX, la Patagonia todavía presentaba como actividades predominantes a una ganadería extensiva, a una agricultura intensiva de oasis y a la extracción de hidrocarburos

(Blanco y otros, 1997: 6-12). Como es lógico suponer, esta orientación productiva colaboró muy poco en el fortalecimiento de un perfil urbano de la región. Antes bien, una mirada superficial nos permitía observar un puñado de ciudades que, en ningún caso, podían compararse con los tradicionales centros pampeanos.

La ciudad de Neuquén se ajustaba perfectamente a esta hoja de ruta. Aunque era la capital de la provincia del mismo nombre, su anatomía no se diferenciaba demasiado de la pequeña villa fundada en 1904. Alejada de las ciudades más pobladas de la Patagonia, constituía la cabecera de un espacio rural inmediato dedicado a la fruticultura y el asiento de un aparato burocrático cuyos brazos apenas se extendían sobre el territorio provincial (Mases y otros, 2004). Ubicada en la periferia del Alto Valle del río Negro, su población se parecía mucho a la de otras ciudades de la región. Al igual que Cipolletti o General Roca -ambas ubicadas en la vecina provincia de Río Negro- una considerable población europea y sus descendientes conformaban el grueso de los propietarios de pequeñas parcelas dedicadas a la producción de fruta y el principal resorte del comercio local. Al mismo tiempo, una muy importante corriente originada en los valles de la novena región de Chile cumplía tareas de apoyo a la producción rural, pero también una variada gama de labores urbanas que requerían escasa calificación (Trpin, 2005: 19-29).

Pese su considerable avance durante la primera mitad del siglo XX, la población neuquina presentaba tasas de crecimiento menores a las del cinturón industrial bonaerense. Apartada de los proyectos industrialistas que habían remodelado la arquitectura demográfica argentina, la ciudad de Neuquén crecía gracias a un crecimiento vegetativo apenas positivo y a consolidarse como destino de un creciente contingente de migrantes del interior del territorio. Lejos habían quedado los años en los que la población neuquina se distribuía de forma equilibrada entre cada uno de sus espacios productivos. Con el deterioro de la ganadería que alimentaba a los mercados trasandinos, sujeta desde los años cuarenta a rigurosos controles fronterizos, el sector oriental de la población comenzó a ganar espacio frente a los departamentos recostados sobre los Andes (Bandieri, 2002: 253-283). De todos modos, este crecimiento, que llevó a la joven capital de los dos mil habitantes (1914) a los siete mil (1950), fue insignificante respecto al experimentó en las décadas siguientes (Vapnarsky y Pantelides, 1983).

El “desarrollismo” dio aire fresco a los periféricos distritos del sur argentino. El intento de desmontar el modelo agro-exportador y de erigir en su lugar una maquinaria industrial diversificada, impulsó la búsqueda de fuentes energéticas acordes con esta nueva meta. Una economía que, hasta allí, había mirado “hacia fuera” mostró un creciente interés por crear “polos de crecimiento”, que irradiarían su influencia al conjunto nacional (Romero, 2004: 150-154). Esta nueva sintonía ideológica, que valorizaba el papel planificador del Estado, tuvo a Neuquén como un escenario privilegiado. En ese contexto, la construcción de grandes represas para la producción de energía, articulada con la expansión en la explotación de hidrocarburos, benefició especialmente a la capital neuquina. Esto gracias a que diferentes autoridades provinciales propiciaron la radicación en la ciudad de aquellas empresas a cargo del usufructo de esos recursos, pero también porque la prestación de servicios a las mismas se concentró en su planta urbana (Kloster, 1991: 12). De esta forma, la edificación de una matriz estado-céntrica y la demanda de brazos que ella trajo aparejada fueron de vital importancia en la atracción de contingentes migratorios de diferentes procedencias, que constituyeron el nuevo motor de su desarrollo demográfico. El deslizamiento desde una migración “por goteo” a otra masiva, no podría explicarse sin el concurso simultáneo de un decidido accionar oficial y del creciente perfil energético que adquirió la provincia de Neuquén durante el período analizado (Perren, 2005: 301-314).

En unos pocos años, esa localidad, que no se diferenciaba de sus vecinas, se transformó en una de las ciudades argentinas de mayor crecimiento durante la segunda mitad del siglo XX. Entre 1960 y 1991, la población de la ciudad transitó de los veinticinco mil habitantes a una cifra próxima a los doscientos mil². Las viejas corrientes migratorias, todavía importantes, convivieron con un nuevo flujo que provenía de diferentes regiones argentinas como el conurbano bonaerense, Córdoba, Rosario y Mendoza. Más allá que, durante la segunda mitad del siglo XX, el área pampeana conservó su primacía demográfica, eso no debería ocultar las interesantes transformaciones en el sistema de asentamiento. Bajo el efecto conjunto de una demanda laboral que avanzaba a un ritmo hasta entonces desconocido y de una reestructuración del mundo industrial, que quitaba el brillo de antaño a la economía bonaerense y a las antiguas ciudades intermedias,

² Instituto Nacional de Estadística y Censo, *Situación demográfica de la provincia de Neuquén*, Serie análisis demográfico, n° 12, Buenos Aires, 1998, p. 15.

Neuquén se consolidó como un centro de servicios que atendía a una extensa zona metropolitana situada sobre la márgenes de los ríos Limay, Neuquén y Negro (Vapnarsky y Pantelides, 1987: 40). Resultado de ese proceso, su estructura demográfica experimentó un radical cambio: una población persistentemente joven y una creciente movilidad marcó los ritmos de una ciudad que abandonaba su perfil parroquiano para sumarse a una tendencia de alcance nacional.

Luego de este breve ejercicio de contextualización, estamos en condiciones de formular algunos interrogantes que orientaran nuestras reflexiones: ¿es posible identificar alguna forma de segregación socio-residencial?, ¿existió mezcla habitacional entre migrantes y nativos? ¿Cómo interactuaron el origen migratorio y la posición socio-ocupacional en el modelado de distintos patrones migratorios?

Una medición de la segregación en una ciudad cambiante

Los lentos ritmos de la economía territorialiana, como ya dijimos anteriormente, no hicieron de Neuquén un destino migratorio masivo. Eso no impidió que, debido al vacío de población que siguió a la ocupación militar de la Patagonia, los migrantes siempre hayan mostrado una importante participación dentro del total. No es de extrañar que esa situación haya conectado a Neuquén con otras regiones y, por su cercanía geográfica, con países limítrofes como Chile. Ese universo de relaciones tendría su influencia en la experiencia migratoria neuquina. Cuando su economía produjo el despegue, producto de incorporarse a la órbita nacional como proveedora de energía, se activaron las cadenas adormecidas y comenzaron a transportar un mayor caudal de información, ayuda y personas³. Estas nuevas coordenadas productivas permitieron un sostenido incremento de la población no nativa, que se reflejó en la elevada desproporción entre contrayentes nativos y llegados de otras regiones: dos terceras partes de quienes decidieron contraer nupcias, durante los años sesenta, habían nacido fuera de Neuquén.

³ Muñoz Villagrán advierte, en el caso de los migrantes chilenos, aunque podríamos ampliar esta práctica a otros grupos migratorios, la figura del allegado. Al respecto nos dice: “Los allegados nunca faltan, siempre hay un recién llegado al que hay que recibir y cobijar por un tiempo (...) si bien su cantidad es significativa no es relevante por su transitoriedad de esa condición. En general encuentran salidas en algunas de las oportunidades que ofrece Neuquén y su condición de allegado suele ser de corto tiempo” (Muñoz Villagran, 2007: 79).

Cuadro 1

Distribución de la población nativa y migrante por barrios y vecindarios Neuquén, 1960-1969.

Barrios y Vecindarios	Nativos	Migrantes	[N-M]
1 Centro	27,4	27,0	0,4
2 Belgrano	9,7	6,2	3,5
3 Villa María	6,2	15,9	9,7
4 Villa Florencia	4,5	8,0	3,5
5 Colonia Valentina	6,2	3,1	3,1
6 Bouquet Roldán	12,4	12,1	0,3
7 Progreso	1,8	3,8	2,0
8 Colonia Confluencia	8,0	4,9	3,1
9 Nuevo	8,8	6,2	2,6
10 La Sirena	1,8	1,0	0,7
11 Mariano Moreno	8,0	5,2	2,8
12 Sapere	0,9	2,4	1,5
13 Villa Farrell	5,3	4,1	1,2
Totales	100	100	-
Id por barrios	-	-	17,7

Fuente: Elaboración propia a partir de las actas matrimoniales del Archivo de la Dirección Provincial de Registro Civil de Neuquén.

Cuadro 2

Distribución de la población de acuerdo a estratos superiores e inferiores. Neuquén, 1960-1969.

Barrios y Vecindarios	Estratos Superiores	Estratos Inferiores	[E-S-E-I]
1 Centro	83,3	7,1	76,2
2 Belgrano	2,8	8,5	5,7
3 Villa María	0	16,3	16,3
4 Villa Florencia	5,6	6,4	0,8
5 Colonia Valentina	0	7,8	7,8
6 Bouquet Roldán	0	20,6	20,6
7 Progreso	0	6,4	6,4
8 Colonia Confluencia	0	10,6	10,6
9 Nuevo	2,8	6,4	3,6
10 La Sirena	0	2,1	2,1
11 Mariano Moreno	2,8	2,8	0
12 Sapere	0	4,3	4,3
13 Villa Farrell	2,8	0,7	2,1
Totales	100	100	-
Id por barrios	-	-	78,3

Fuente: Elaboración propia a partir de las actas matrimoniales del Archivo de la Dirección Provincial de Registro Civil de Neuquén.

La revitalización de lazos que habían permanecido entumecidos por largo tiempo nos dice mucho sobre las pautas de asentamiento. Quienes llegaron a la ciudad en las primeras décadas del siglo XX, atraídos por las actividades que animaban su vida económica, se instalaron en el centro administrativo y comercial de la misma. Por esta razón, las cadenas activadas tendieron a llevar los recién llegados a un sector de la ciudad que había concentrado a la mayoría de la población en las décadas previas. Cerca de un quinto de los migrantes relevados residía, en la década de 1960, en alguna de las manzanas que modelaban el centro neuquino (Cuadro 1). Una proporción similar de los nativos habitaba en el mismo sector, mostrando a las claras que no se trataba de un espacio segregado. En todo caso, conviene pensarlo como un área donde convergieron - en diferentes cantidades, por supuesto- los patrones residenciales de estos dos grandes agregados sociales. No obstante, a cierta distancia de lo ocurrido en el pasado territorialiano, los migrantes presentaban una composición totalmente diferente: los llegados del otro lado del Atlántico perdieron su importancia, al mismo tiempo que los migrantes argentinos comenzaban a ganar terreno.

Quienes integraban las nuevas corrientes, que tenían poca o nula relación con los habitantes más antiguos, tendieron a ubicarse en los barrios nacidos con la expansión de la ciudad. Villa María, acorralada por los brazos del río Limay, fue una de estas zonas. Hacia mediados del siglo XX, un migrante que llegaba a estas tierras no tuvo problemas para definirla como “varios ranchitos de adobe... que quedaban limpios cuando llegaban las crecientes”⁴. Las periódicas inundaciones reforzaban el carácter provisorio de este vecindario, obligando a sus habitantes a instalar defensas precarias que poco podían hacer para detener “calles que parecían ríos”⁵. En total, el 16% de los migrantes vivía en Villa María en comparación con el 6% de la población nativa (Cuadro 1). Su perfil como sector habitado por migrantes se refuerza si agregamos un segundo dato: el 86% de los residentes adultos registrados en las actas matrimoniales había nacido fuera de la ciudad. La tercera zona que albergaba una importante cantidad de recién llegados, el asentamiento ubicado en las tierras de la colonia Bouquet Roldan, en el borde occidental de la ciudad, era menos relevante. El 12% de los migrantes que residía en Neuquén y un similar porcentaje de la población nativa relevada vivía allí (Cuadro 1). Lo que durante largos años había funcionado como un espacio destinado a la agricultura intensiva, sobre mediados del siglo XX albergó una población con enormes dificultades para encontrar una residencia en el centro de la ciudad. La escasa oferta habitacional fomentó la instalación de recién llegados en un área que, por mucho tiempo, fue conocida como “barrio de intrusos”⁶. Que 70% de los contrayentes haya nacido fuera de la ciudad, aunque a la zaga de otros vecindarios de similares características, constituye una prueba que refuerza esa caracterización.

En términos generales, podríamos decir que existe una importante mezcla habitacional entre nativos y migrantes. El índice de diferencia (Id) entre ambos confirma la solidez de este enunciado. Este indicador, que determina qué porcentaje de un grupo determinado debería mudarse para lograr la desagregación total con respecto a otro, oscila en un rango que va desde 0 (integración total) y 100 (segregación total). (Duncan y Duncan, 1955: 210-217). Los valores ubicados por debajo del umbral de 30 indican una segregación baja que discute los alcances del concepto de enclave. Para el caso de

⁴ Archivo Histórico de la Provincia de Neuquén (en adelante AHPN), Caja Barrios, *Villa María. La memoria de su gente*, Neuquén, 1989, p. 1.

⁵ AHPN, Caja Barrios, *Villa María. La memoria de su gente*, Neuquén, 1989, p. 12.

⁶ Diario La Capital, n° 23, 6 de octubre de 1956, p. 4.

Neuquén, un Id cercano a 17 contradice el concepto de *ghetto* con tanta fuerza como el revisionismo norteamericano (Cuadro 1). Los asentamientos de migrantes, tanto argentinos como extranjeros, no eran de ninguna manera homogéneos y, menos aun, impermeables a la influencia venida del exterior.

Veamos qué sucede si, en lugar de comparar nativos y migrantes, analizamos la segregación residencial socioeconómica. Debido a la parquedad de nuestras fuentes hemos optado por aislar una variable de segmentación: la ocupación declarada por el novio a la hora de contraer nupcias. Tomando este dato como insumo, calculamos el Id entre los habitantes que se alojaban en los extremos de la clasificación profesional. Mientras que en una primera columna colocamos a los miembros de los estratos superiores (trabajadores “no manuales altos” y “profesionales bajos” y “altos”); en una segunda ubicamos a quienes se desempeñaban en trabajos manuales semicalificados y en otros que no requerían conocimientos específicos. Un Id próximo a 80 nos muestra que la segregación socio-ocupacional era significativamente mayor que la basada en el lugar de nacimiento (Cuadro 2). Es más, de acuerdo a los parámetros usados por Luco y Vignoli (2003), estaríamos en condiciones de referirnos a una situación de “hipersegregación”.

De un análisis del nivel ocupacional para los diferentes barrios neuquinos se desprende no sólo una significativa segregación sino también un esquema análogo al modelo de zonas concéntricas de Burgess (1926), aunque en una dirección exactamente opuesta. La propuesta de la escuela de Chicago se esforzaba en demostrar que el nivel social de los habitantes aumentaba conforme uno se alejaba del centro de la ciudad. En Neuquén, hacia mediados del siglo XX, ese nivel disminuía a medida que realizamos el mismo movimiento; algo que ya habían descubierto para algunas ciudades latinoamericanas Bähr y Mertins (1981). En su área central encontramos los más altos niveles de empleo en los peldaños superiores de la estructura ocupacional y, al mismo tiempo, una proporción bastante menor de trabajadores semicalificados o sin calificación (Cuadro 3).

A continuación se levantaba un primera franja, al este y al sur del centro, que involucraba una menor cantidad de profesionales y “trabajadores no manuales altos”, nunca superior al 10%, y a una importante cantidad de vecinos empleados en rubros

menos prestigiosos (Mapas 1 y 2). Allí encontramos algunos de los barrios más antiguos de la ciudad, muchos de los cuales habían servido de albergue a los sectores populares en las primeras décadas del siglo pasado. Mientras que en ese periodo habían albergado actividades relacionadas con la “mala vida”, siendo por ello una escala habitual de los discursos higienistas, en los primeros años de la provincia muy poco de esa caracterización quedaba en pie. En los barrios *Mariano Moreno*, *Villa Florencia*, *Villa Farrell*, *Nuevo* y *Belgrano* nos topamos con “casas de material con agua y luz” que albergaban a una población formada por “obreros y empleados de empresas estatales, privadas y comercio”. Aunque no se trataba de los tradicionales barrios residenciales de clase media, tampoco eran “villas de emergencia” que carecían de los más básicos servicios públicos. En caso de usar el modelo de Griffin y Ford (1981) para comprender la realidad neuquina, no dudaríamos en pensar a aquellas en términos de “zonas de acrecentamiento *in situ*”; es decir, espacios que, además de ser socialmente heterogéneos, contaban con una dotación mínima de servicios.

Cuadro 3
Participación de los estratos superiores e inferiores por barrios y vecindarios. Neuquén, 1960-1969.

Barrios y Vecindarios		Estratos Superiores	Estratos Inferiores
1	Centro	20,8	6,9
2	Belgrano	2,3	27,3
3	Villa María	0	38,3
4	Villa Florencia	7,1	32,1
5	Colonia Valentina	0	37,9
6	Bouquet Roldán	0	44,6
7	Progreso	0	52,9
8	Colonia Confluencia	0	40,5
9	Nuevo	2,9	25,7
10	La Sirena	0	60
11	Mariano Moreno	3,8	15,4
12	Sapere	0	46,2
13	Villa Farrell	3,8	3,8

Fuente: Elaboración propia a partir de las actas matrimoniales del Archivo de la Dirección Provincial de Registro Civil de Neuquén

Con una ausencia total de personas empleadas en el vértice superior de la pirámide profesional, los vecindarios nacidos a mediados del siglo XX constituían una segunda franja de la estructura urbana neuquina (Mapa 2). A cierta distancia de lo sucedido en el área de más antiguo asentamiento, en esta zona encontramos un significativo peso de los trabajadores menos calificados que oscilaba, según el barrio, entre 35% y 60% de la población relevada (Cuadro 3- Mapa 2). A diferencia de las restantes áreas, mucho más consolidadas desde el punto de vista urbanístico, las áreas periféricas conservaron por mucho tiempo ese aroma a tierra ganada al campo. En su gran mayoría fueron el resultado de loteos de chacras que mostraban un rendimiento menor al esperado, aunque

no era menor la importancia de un fenómeno que ganaría peso en las décadas siguientes: la ocupación de terrenos fiscales. Con la llegada de una incontrolable cantidad de migrantes, no es de extrañar que la oferta habitacional haya estado rezagada con respecto a la explosiva demanda. En ese marco, diferentes formas de tenencia provisoria se convirtieron en una moneda corriente, marcando el ritmo de una expansión urbana desordenada que sólo tuvo un reconocimiento como problema en los años ochenta. Esta descripción, aunque panorámica, funcionaba para retratar a las áreas conocidas como Bouquet Roldan, Villa María, La Sirena, Sapere y los vecindarios que poco tiempo después formarían el barrio Progreso (Villa Tiro Federal y Vitale). A todas ellas debemos sumar los vecindarios que sobrevivían en los márgenes de las colonias agrícolas *Confluencia* y *Valentina*, donde sus habitantes alternaban el ‘trabajo para otros’ con prácticas de subsistencia. Buscando nuevamente analogías con el modelo propuesto por Griffin y Ford (1981), podríamos pensar a estos sectores, alejados del centro histórico de la ciudad, como asentamientos periféricos, tal como denominaron aquellos geógrafos a esos espacios de reciente ocupación que constituían un desierto en materia de infraestructura.

Mapa 1

Porcentaje de la población en los estratos superiores (Profesional Alto, No Manual Alto y Profesional Bajo) por barrios y vecindarios, Neuquén, 1960-1969.



Fuente: Elaboración propia con ArcView GIS 3.3

Mapa 2

Porcentaje de la población en los estratos inferiores (Manual Semicalificado y Manual No Calificado), Neuquén, 1960-1969.



Fuente: Elaboración propia con ArcView GIS 3.3

Con una idea clara de la dinámica de la segregación urbana en la década de los sesenta, estamos en condiciones de sumergirnos en la realidad de los siguientes veinte años. Podríamos empezar diciendo que la población migrante creció a un ritmo bastante superior que la ciudad en su conjunto. El puñado de migrantes que, en los sesenta, daba color a la estructura demográfica neuquina se convirtió hacia 1987 en más de cincuenta mil (Toutounjian y Vitoria, 1990). Lo mismo ocurrió con su participación sobre el total de la ciudad: el porcentaje de habitantes nacido fuera de sus límites pasó de 28 a cerca del 40%. Los flujos migratorios que convergieron en Neuquén, aunque no experimentaron grandes transformaciones, cambiaron levemente su composición. Los llegados de otras provincias argentinas alcanzaron, luego de dos décadas de crecimiento

continuo, su máximo histórico: antes que finalizaran los años ochenta, conformaban más de la mitad de la población migrante (Toutounjian y Vitoria, 1990). La otra mitad se repartía entre quienes arribaban de Chile y quienes lo hicieron del interior neuquino: mientras los primeros mantuvieron un comportamiento estable, asociado a un cúmulo de factores que permanecían en los espacios expulsores, los segundos perdieron importancia conforme la economía cordillerana fue recibiendo apoyo oficial. A pesar que la ganadería no volvió a ser un resorte productivo de importancia, el avance del Estado provincial abrió posibilidades para una población que, hasta allí, había tenido al éxodo como primera -y prácticamente única- opción.

El notable incremento del número de migrantes en Neuquén trajo consigo algunos cambios en su distribución espacial. Como es lógico imaginar, su peso en cada uno de los espacios que conformaba la ciudad tuvo un explosivo crecimiento luego de 1970. Un recorrido por los diversos barrios y vecindarios nos ofrece evidencia en esa dirección: en todos ellos, la participación de los migrantes en edades activas se encontraba por encima del 70%. La contundencia de esta cifra oculta, sin embargo, una paleta muy rica en matices, sólo visible a través de los cocientes de ubicación. Gracias a éstos es posible conocer la relación entre la proporción de los migrantes residentes en un distrito y el porcentaje del resto de la población que habita en el mismo espacio (Moya, 2003: 173).

Mapa 3

Cociente de ubicación (LQ) para la población migrante. Neuquén, 1970-1990.



Fuente: Elaboración propia con ArcView GIS 3.3 a partir de planos del DPEC

El Mapa 3 indica que, entre 1970 y 1990, las nuevas áreas que se incorporaban a la órbita de la ciudad exhibían una mayor concentración de migrantes. Las zonas periféricas, a diferencia del consolidado centro neuquino, se presentaban como una seductora posibilidad para los recién llegados y, sobre todo, para quienes sobrevivían en los escalones inferiores de la estructura ocupacional. Una vez ocupados y regularizados

los antiguos vecindarios, no quedaba para ellos otra opción que asentarse en los bordes de la ciudad. Residir en las manzanas céntricas complicaba las chances de andamiar una trayectoria ascendente y, en el peor de los casos, significaba caer en el abismo social. Ocupar una parcela en las nuevas áreas, aunque se tradujera en condiciones de vida deplorables, permitía no restar recursos a la economía familiar. Al mismo tiempo, las relaciones “cara a cara” desarrolladas en esos espacios forjaban intrincadas redes de resolución de problemas que facilitaban su paulatina integración al tejido urbano neuquino. No es casual, entonces, que asentamientos como Don Bosco, Villa Ceferino o Islas Malvinas presentaran una mayor concentración de recién llegados. Con índices de 1,9, 2,3 y 3,7 respectivamente, eran áreas, todavía menores en la estructura demográfica de la ciudad, pero con una población migrante claramente sobrerrepresentada (Mapa 3).

Ahora bien, esta afirmación, inobjetable desde el punto de vista empírico, nos obliga a formular una nueva pregunta, cuya respuesta nos permitía poner en perspectiva a la segunda mitad del siglo XX: ¿cómo se comportó la mezcla residencial entre nativos y migrantes en las décadas que siguieron a 1970?

Para responder este interrogante nuevamente debemos recurrir al Id. Cuando nos propusimos esa tarea para los sesenta, los resultados mostraban una realidad cristalina: un índice de 18 avisaba de una fuerte mezcla habitacional entre nativos y migrantes, pero fundamentalmente de la escasa utilidad del concepto de *ghetto* para interpretar la realidad neuquina (Cuadro 4). Lo sucedido para el periodo siguiente pareciera reforzar, con ligeras variantes, el cuadro delineado en los primeros momentos de la etapa provincial. Pese a la fuerte concentración de los migrantes en los nuevos vecindarios periféricos de la ciudad, la diferencia habitacional entre estos dos grandes agregados disminuyó hasta orillar los 12 (Cuadro 4). Mucha importancia tuvo allí el peso de los migrantes dentro de la población y, resultado de ello, su fuerte presencia en cada uno de los espacios que conformaban a la ciudad. A mucha distancia del umbral de 30, límite a partir del cual podríamos señalar una realidad de segregación, el resultado de este ejercicio demuestra que el origen migratorio general no es la principal variable a la hora de examinar la distribución espacial de la población.

Cuadro 4

**Índice de diferencia para diferentes sub-poblaciones.
Neuquén (1960-1990).**

Id por barrios y vecindarios	1960-1969	1970-1990
Población nativa y migrantes	17,7	11,9
Estratos superiores e inferiores	78,3	74,1
Fuente: Elaboración propia a partir de actas matrimoniales de la Dirección Provincial de Registro Civil del Neuquén.		

Pero si el clivaje entre nativos y migrantes nos dice poco sobre la ubicación de la población en el tejido urbano: ¿qué podríamos señalar sobre la pertenencia a un determinado estrato social? Los resultados obtenidos para el periodo 1970-1990, al igual que en la década de 1960, nos muestran una realidad de polarización y fuerte segregación socio-ocupacional. Por más que Neuquén había actualizado su infraestructura de servicios, acercando los vecindarios periféricos al centro de la ciudad, la distancia entre sectores acomodados y populares seguía siendo más importante que la que separaba a nativos y migrantes. Una segregación alta, cercana a 75, habla muy bien de una tendencia de largo plazo que atraviesa a la segunda mitad del siglo XX (Cuadro 4). Aun cuando la ciudad aceleró los tiempos de su urbanización, sumando a una marea de recién llegados, los criterios que utilizábamos para comprender su distribución durante los sesenta no perdieron actualidad: al igual que en los primeros años de la provincia, el cruce entre rango ocupacional y lugar de residencia permitía predecir, en gran medida, la disposición de la población sobre el tablero urbano.

Esta continuidad, que pareciera hacer oídos sordos a la complejización de la ciudad, nos obliga a hacer una nueva pregunta: ¿acaso las consecuencias derivadas de la distancia entre ricos y pobres había cambiado con el paso del tiempo? La centralización habitacional en el “pueblo chico” de mediados de siglo se relacionaba con un nivel social superior. La “puerta de oro del sur”, como gustaba llamarla un intendente de la década de 1970, en cambio, presentaba algunos de los rasgos advertidos por los sociólogos de Chicago: la población neuquina era heterogénea en términos sociales y culturales; la ciudad contaba con una periferia en rápida expansión; la diferenciación espacial había avanzado decididamente y los servicios públicos habían acortado la distancia entre el casco antiguo y los barrios tradicionales. Todas estas características convivían con discursos que se esmeraban en mostrar los efectos no deseados de la

rápida urbanización neuquina. Algunas imágenes transmitidas por los medios de comunicación daban cuenta de una atmósfera de “decadencia” que tenía al damero original de la ciudad como objeto privilegiado. Después de todo, la decisión de establecer allí el grueso del comercio capitalino, así como todas las oficinas de la administración pública, había vuelto habitual ciertas prácticas que desafiaban su “habitabilidad”.

No obstante, un estudio de la información contenida en las actas matrimoniales nos indica una importante continuidad de la estructura socio-espacial de la ciudad. Más allá del innegable impacto generado por estas postales del paisaje urbano, lo cierto es que la participación de los estratos superiores seguía disminuyendo conforme tomamos distancia del centro (Mapa 12). Y, al igual que en los años sesenta, el grupo migratorio más alfabetizado (los llegados de otras provincias argentinas) estaba más centralizado que los restantes. En caso de disminuir la escala de observación, las implicancias del modelo de asentamiento permanecían inmutables: al interior de cada uno de los grandes flujos migratorios, las personas ocupadas en los empleos más prestigiosos se concentraban en las manzanas céntricas en mayor medida que otros migrantes del mismo origen. El caso de los chilenos en Neuquén puede que nos brinde algunas pistas sobre este particular. Su escaso nivel de instrucción, relacionado con el origen rural de esta corriente, se reflejaba en una bajísima tasa de centralización: entre 1970 y 1990, sólo el 6% de quienes contrajeron nupcias anotó como domicilio a algunas de las manzanas del damero original. No muy diferente era la situación de quienes llegaban del interior neuquino. Con un 11% de la población habitando en ese cuadrante de la ciudad, estaban muy lejos del 24% presentado por los nativos y, más alejado aun, del 30% de los provenientes de otras provincias argentinas.

De un análisis del nivel ocupacional para los diferentes barrios neuquinos salta a la vista no sólo una significativa segregación, sino también la permanencia de ese esquema de zonas concéntricas que invertía la lógica sugerida por Burgess (1926). Como advertíamos en los sesenta, el nivel social de los habitantes disminuía a medida que realizamos un movimiento “hacia fuera”. Los profesionales y quienes se desempeñaban en empleos no manuales altos alcanzaban su pico en los distritos centrales, disminuían sensiblemente en un primer anillo y alcanzaban su mínimo en los asentamientos que se abrían paso en la periferia neuquina (Mapa 5). En la vereda opuesta encontramos a las

ocupaciones manuales de menor calificación: su escasa participación en el centro de la ciudad era compensada por una abundancia en los espacios de más reciente urbanización (Mapa 4). Tal vez la única excepción al modelo de sucesión de áreas haya sido el cinturón de barrios situados entre los nuevos asentamientos del oeste de la ciudad y la antigua colonia agrícola Valentina, donde la edificación de complejos oficiales tuvo como principales beneficiarios a quienes se ocupaban en empleos no manuales bajos. De todos modos, esta experiencia no es suficiente para invalidar una tendencia que tenía a la proximidad al centro como mejor indicador para medir la calidad del empleo y las ventajas de la zona (Moya, 2003: 176).

La continuidad de este criterio maestro, muy útil para explicar la radicación de la población, no debería confundirse con una ecología urbana inmutable. Lejos de eso, el periodo 1970-1990 muestra interesantes variantes que nos obligan a enriquecer el modelo de un centro y dos franjas contiguas. Comencemos por las manzanas que conformaban el trazado original. En la década de 1960, esta zona presentaba dos características que la distinguían del resto de la ciudad: al tiempo que concentraba una elevada proporción de profesionales, albergaba una menor cantidad de trabajadores manuales de escasa calificación. Los veinte años que siguieron fueron testigos de un proceso que permitió exportar este perfil a otros espacios. Las dinámicas del mercado de tierras local nos ofrecen algunas pistas al respecto. La lenta ocupación de los solares céntricos derivó en la incorporación de nuevos sectores, muchos de los cuales habían sido planificados en los primeros años de vida provincial, pero por diferentes razones habían ingresado en un prolongado paréntesis. Aunque las publicidades de la época ofrecían lujosos departamentos en el corazón de la zona bancaria, la abundancia de tierras en las cercanías del centro facilitó la expansión de la ciudad en un sentido horizontal. Claro que estos loteos, realizados entre quince y treinta cuadras del centro geográfico de la ciudad, no significaron una estampida hacia la periferia, como imaginaban los sociólogos norteamericanos. Los generosos planes de pago, una infraestructura extendida y su cercanía respecto al casco histórico sirvieron de base a una apresurada ocupación de áreas del antiguo primer anillo, especialmente de aquellos que contaban con superficie para hacerlo, así como también de espacios que hasta entonces eran sólo descampados. Este fenómeno nos permite comprender cómo sectores como Villa Farrell, Alta Barda, Cumelén o Santa Genoveva replicaron las

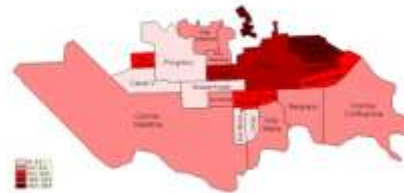
características socio-ocupacionales del Centro, tomando distancia de lo sucedido en la periferia de la ciudad (Mapa 5).

Mapa 4
Participación de los estratos inferiores de la estructura ocupacional por barrios (%).



Fuente: Elaboración propia con ArcView/GIS 3.3 a partir de planos del DPEC.

Mapa 5
Participación de los estratos superiores de la estructura ocupacional por barrios (%).



Fuente: Elaboración propia con ArcView/GIS 3.3 a partir de planos del DPEC.

A continuación de esta suerte de “centro extendido” se levantaba un primer anillo de la ecología urbana neuquina (Mapa 5). Esta franja estaba compuesta por una heterogénea lista de barrios que presentaba una menor cantidad de profesionales (nunca superior al 10%) y una proporción de trabajadores manuales que oscilaba entre 10 y 25%. En este rango encontramos algunos de los barrios más antiguos de la ciudad, totalmente consolidados desde el punto de vista urbanístico, pero también otros que aparecían en los sesenta como asentamientos precarios. En la intersección entre las demandas más articuladas de los vecinos y un Estado dispuesto en invertir en infraestructura, encontramos un proceso que terminó borrando el límite entre los barrios y vecindarios que antes formaban el primer y el segundo anillo de la ecología urbana neuquina. Mientras los espacios más antiguos prosiguieron su lenta integración al tejido de la ciudad, aquellos más rezagados fueron objeto de un acelerado proceso de mejoramiento que suavizó esa imagen de “campamento provisorio”.

Con una insignificante participación de quienes se empleaban en el vértice superior de la pirámide profesional, los vecindarios nacidos a mediados de los setenta se comportaban como el segundo anillo de la arquitectura urbana neuquina. A cierta distancia de lo sucedido en el área de más antiguo asentamiento, en esta zona encontramos un significativo peso de los trabajadores menos calificados que oscilaba según el barrio entre 25% y 40% de la población (Cuadro 4). Esta “nueva periferia”, nacida en los bordes mismos de la ciudad, constituía un verdadero desierto en materia de servicios públicos. La prolija grilla del centro de la ciudad era reemplazada por una sinuosa trama de caminos que debía sortear los desagües pluviales a cielo abierto y las lagunas dejadas por las periódicas lluvias. Este conjunto de experiencias, que

compartieron su lejanía social y geográfica de los espacios de antiguo asentamiento, nos advierten sobre una urbanización que fue a la zaga de la planificación oficial. Aun cuando los primeros registros de familias radicadas en estas áreas de la ciudad nos lleven a comienzos de los setenta, para inicios de la década siguiente las autoridades municipales las seguían considerando “tierra de intrusos” y sólo habían realizado en ellas algunas tareas de relevamiento elementales (estudios de aero-fotointerpretación y amojonamiento)⁷. La instalación definitiva de la “cuestión de los asentamientos precarios” en la agenda pública tuvo que esperar a mediados de los ochenta, cuando un primer plan de mensura dio paso al más ambicioso “plan de consolidación”: mientras el primero realizó un diagnóstico general de los espacios de reciente ocupación; el segundo puso en marcha un programa de mejoramiento habitacional y construcción de nuevas viviendas⁸.

Un recorrido a vuelo de pájaro por la ecología urbana neuquina nos indica una continuidad básica: más allá de las transformaciones que sacudieron a la ciudad entre 1960 y 1990, el centro conservaba su prestigio frente a los restantes espacios suburbanos. Las consecuencias de este comportamiento son fáciles de deducir. Neuquén experimentó un movimiento poblacional hacia fuera, usando la metáfora de Moya, pero difícilmente podríamos derivar de eso una “estampida” hacia la periferia (Moya, 2003: 185). Los protagonistas de la ocupación de las nuevas tierras suburbanas no fueron quienes ocupaban la parte alta de la clasificación ocupacional. Por el contrario, y como ya insinuamos, las áreas suburbanas albergaban al grueso del trabajo manual y, en menor medida, al eslabón más débil del trabajo no manual. En síntesis, podríamos decir que, detrás de esa imagen de decadencia que la prensa deslizaba con insistencia, se ocultaban dos elementos imprescindibles para comprender la lógica de la radicación en la ciudad: la cercanía al centro era un indicador fiable de la consolidación del tejido urbano y, como consecuencia de esto, los pobres seguían siendo más numerosos en los bordes que en el centro.

⁷ Archivo Histórico de la Municipalidad de Neuquén, *Resumen de Gestión del gobierno municipal-Periodo 1981*, Neuquén, Municipalidad de Neuquén, 1981, pp. 7-8.

⁸ El plan de mensura y englobamiento permitió detectar las viviendas que debían ser trasladadas por estar emplazadas sobre aperturas de calles y accidentes topográficos serios. El plan de consolidación, por su parte, establecía la reparación y mejoramiento de algunas viviendas, así como la construcción de 500 nuevas viviendas para el periodo 1984/1985.

Patrones habitacionales de los diferentes grupos migratorios

Tal como sucede con otros aspectos de la experiencia migratoria, en el diálogo entre el origen regional y posición socio-económica encontramos una segunda puerta de ingreso a los patrones habitacionales (Moya, 2003: 156). A diferencia del contraste entre nativos y migrantes, muy útil para pronosticar elementos panorámicos, clasificaciones más acotadas nos proporcionan una base empírica adecuada para ensayar miradas más concentradas de la realidad. Pero la utilización de un lente más potente hace necesario formular nuevas preguntas y, desde luego, echar mano de nuevos instrumentos de medición. Cuando nos interrogamos acerca de la distribución de la población nativa y migrante, el índice de diferencia nos ofrecía una herramienta capaz de visualizar la existencia -o no- de cierta mezcla habitacional entre estos agregados. Llegamos así a la conclusión que no podían distinguirse grandes diferencias en su asentamiento sobre el tablero urbano. Esa utilidad, sin embargo, se desvanece cuando queremos abordar la concentración de los principales grupos migratorios en los diferentes anillos de la ciudad. De ahí la importancia de hallar un indicador que nos permita relacionar la presencia efectiva de un grupo migratorio con la distribución que este tendría suponiendo una disposición totalmente aleatoria⁹. El índice de concentración satisface este requisito y permite comparaciones entre grupos de diferentes tamaños, siempre y cuando los individuos observados no sean extremadamente pocos. Así como el Id nos suministraba información de la segregación para el total de la ciudad, el Ic constituye una medida de la concentración observada en un grupo para una sección determinada.

El análisis de la población migrante en la ciudad de Neuquén muestra que los tres principales grupos presentaban, en la década de 1960, una distribución espacial caracterizada por una mayor concentración en ciertas secciones de la ciudad. A pesar de las posibles variaciones artificiales, nacidas de unos límites que todavía no tomaban su forma definitiva, los tres grupos se distribuyeron de una manera estable a lo largo del periodo estudiado.

⁹ OTERO, Hernán y PELLEGRINO, Adela, “Compartir la ciudad...”, óp. cit., p. 24.

Cuadro 5
Índice de Concentración (Ic) de diferentes grupos migratorios por áreas de la ciudad. Neuquén, 1960-1969.

Áreas	Nativos	Chilenos	Interior Provincial	Otras Provincias
Centro	1,01	0,25	0,51	1,74
Primer Anillo	1,18	0,69	1,08	0,85
Segundo Anillo	0,85	1,68	1,22	0,66

Fuente: Elaboración propia a partir de los datos estadísticos del Archivo de la Dirección Provincial de Registro Civil de Neuquén.

Los migrantes de otras provincias se agruparon sobre todo en las manzanas que daban forma al centro neuquino. A esa sobrerrepresentación se correspondía una menor concentración en los barrios que conformaban la primera y la segunda franja de la ecología urbana. Es interesante observar cómo la presencia de los migrantes de otras provincias se diluía a medida que nos alejamos de las secciones más consolidadas de la ciudad, donde la población contaba con una menor cantidad de servicios públicos y predominaban las ocupaciones escasamente calificadas. Así pues quedaba establecido un *degradee* que mostraba dos tonalidades de grises: si en el primer anillo el Ic se aproximaba a 0,85, en las barriadas que conformaban el segundo anillo disminuía hasta ubicarse en un deslucido 0,66 (Cuadro 5-Mapa 6).

Mapa 6

Índice de concentración (Ic) de los migrantes de otras provincias por área de la ciudad Neuquén, 1960-1969.



Fuente: Fuente: Elaboración propia con ArcView GIS 3.3

Mapa 7

Índice de concentración (Ic) de la población nativa (por área de la ecología urbana). Neuquén, 1960-1969.



Fuente: Elaboración propia con ArcView GIS 3.3

Mapa 8

Índice de concentración (Ic) de los migrantes chilenos (por área de la ecología urbana). Neuquén, 1960-1969.



Fuente: Elaboración con ArcView GIS 3.3

Mapa 9

Índice de concentración (Ic) de los migrantes del interior provincial (por área de la ecología urbana). Neuquén, 1960-1969.



Fuente: Elaboración propia con ArcView GIS 3.3

Una mirada sobre los patrones de asentamiento de la población nativa nos permite observar algunas similitudes con los migrantes de otras provincias. Como es lógico imaginar en una ciudad de repentino crecimiento, los neuquinos estaban concentrados en los sectores más antiguos, en particular en los barrios que conformaban la primera

franja de la ciudad. Con un Ic de 1,17 estamos en presencia de distritos que albergaron desde muy temprano a los sectores populares nativos o bien que sirvieron de residencia a neuquinos de primera generación, hijos de migrantes llegados en los albores de la etapa territorialiana (Mapa 7). En la segunda franja su concentración caía hasta llegar a 0,86, mostrando que los nativos no fueron los protagonistas excluyentes del proceso de expansión de la ciudad. El centro de la ciudad muestra, por su parte, una concentración muy cercana a 1. Eso quiere decir que presentaban una distribución similar a la del total de la población en ese sector de la ciudad. Con todo, la fuerte presencia de los nacidos en la ciudad en la cuadrícula original, superior al 20%, los ubicaba a la altura de los migrantes de otras provincias.

En los migrantes que llegaban del otro lado de los Andes divisamos un comportamiento exactamente opuesto. Su concentración en el espacio de más antiguo poblamiento era extremadamente baja (0,25). En los barrios más consolidados de la ciudad, que por comodidad incluimos en la primera franja, la situación no era muy diferente: un Ic de 0,69 nos pone en aviso que los chilenos afincados en la ciudad durante la etapa territorialiana no eran mayoritarios dentro de ese colectivo (Mapa 8). En aquellos años era muy habitual un asentamiento temporal que seguía el calendario de la producción agrícola de la región y, por ese motivo, no acarrea una instalación definitiva en la ciudad. Nada de eso ocurriría en los barrios nacidos al calor de la expansión urbana neuquina, muchos de cuales eran considerados “villas de emergencia” por las autoridades. Notamos allí una fuerte presencia chilena que nos pone frente a una reorientación del perfil ocupacional hacia empleos urbanos o, en todo caso, una mezcla de estos con labores rurales eventuales. En esas áreas, donde eran comunes las casas de abobe y las ingobernables inundaciones, su Ic se disparaba a niveles extraordinarios (1,64), sólo comparables con los registrados por los migrantes de otras provincias en el centro de la ciudad (Cuadro 5).

Una última escala de este recorrido nos conduce a los migrantes del interior provincial. No tan concentrados como los restantes grupos, mostraron una distribución más uniforme que entendía poco de barrios étnicos. Mientras en el casco original de la ciudad encontramos una proporción menor a la esperable, en los barrios comprendidos en la primera franja su concentración fue relativamente fuerte, aunque no tanto como la de los migrantes transandinos. La primera franja, por su parte, nos ofrece un Ic muy

cercano a 1, probando que la proporción de migrantes de ese origen era igual al porcentaje de la población radicado en este sector. De todos modos, no podríamos decir que quienes llegaban de diferentes puntos de la provincia estaban equidistribuidos en las diversas áreas de la ciudad. No estaría mal si dijéramos que siguieron el patrón de asentamiento de los migrantes chilenos, aunque de forma bastante más atenuada. Si en los primeros su concentración oscilaba en un rango próximo a 1,7, en los segundos esa brecha se achica hasta llegar a 0,7. De tal suerte, los Ic para cada una de las áreas de la ciudad dibujan un juego de tonalidades en dirección opuesta al mostrado por los migrantes de otras provincias: el Ic se incrementa conforme nos alejamos del centro de la ciudad (Cuadro 5- Mapa 8).

Cuadro 6
Índice de Concentración (Ic) de diferentes grupos migratorios por áreas de la ciudad. Neuquén, 1970-1990.

Áreas	Nativos	Chilenos	Interior Provincial	Otras Provincias
Centro	1,0	0,3	0,6	1,3
Primer Anillo	1,1	1,0	1,1	0,9
Segundo Anillo	0,9	1,8	1,3	0,7

Fuente: Elaboración propia a partir de las actas matrimoniales del Archivo de la Dirección Provincial de Registro Civil de Neuquén.

Todas aquellas tendencias residenciales que advertíamos en los sesenta, tendieron a reforzarse con la expansión de la ciudad. El análisis de la población migrante en la ciudad de Neuquén seguía mostrando, al igual que en los sesenta, que los tres principales grupos presentaban una mayor concentración en ciertas secciones de la ciudad. Los migrantes de otras provincias tendieron a agruparse en los barrios que conformaban el “centro extendido”. A esa sobrerrepresentación se correspondía una menor presencia en los barrios que conformaban el primer y el segundo anillo. Es interesante observar cómo la presencia de los migrantes de otras provincias perdía intensidad conforme nos alejamos de las áreas más consolidadas de la ciudad, donde las redes de servicios eran menos densas y predominaban las ocupaciones escasamente calificadas. No estaría mal si dijéramos que en el cruce de su elevado grado de instrucción y un origen mayormente urbano, ambos traducibles en una mejor posición socio-ocupacional, encontramos una llave para explicar el comportamiento centralizado de este grupo. Así, queda establecida una sucesión de grises que perdía en intensidad conforme tomamos distancia del centro: si en el primer anillo el Ic se aproximaba a 0,9,

en las barriadas que conformaban el segundo anillo disminuía hasta ubicarse en un deslucido 0,7 (Cuadro 6 -Mapa 13).

Detrás de la categoría “migrantes de otras provincias” se ocultan interesantes variaciones que no podemos dejar de mencionar. Para observar esta heterogeneidad echemos un vistazo a los migrantes de cuatro distritos cuyo peso al interior de los “argentinos no neuquinos” fue significativo¹⁰. Los migrantes llegados de la ciudad de Buenos Aires, en ese momento Capital Federal, presentaron un comportamiento sumamente centralizado: dos de cada tres contrayentes se domiciliaba en algunos de los barrios que conformaban el “centro extendido”. Quienes llegaron de las provincias de mayor desarrollo relativo se distribuyeron en partes iguales entre el Centro y los espacios periféricos: cerca del 45% de los bonaerenses habitaba en el primero, mientras que el 42% de los cordobeses lo hizo en idénticas coordenadas espaciales. Los migrantes arribados desde Mendoza, más cercana desde el punto de vista geográfico y dueña de una importante población rural, mostraron una fuerte presencia en los anillos exteriores de la ecología urbana neuquina: sólo el 35% de esta subpoblación evidenció un comportamiento centralizado.

Mapa 10

Índice de concentración (I_c) de los migrantes chubcos (por área de la ecología urbana). Neuquén, 1970-1990.



Fuente: Elaboración propia con ArcView GIS 3.3 a partir de planos del DPEC.

Mapa 11

Índice de concentración (I_c) de los migrantes del interior neuquino (por área de la ecología urbana). Neuquén, 1970-1990.



Fuente: Elaboración propia con ArcView GIS 3.3 a partir de planos del DPEC.

Mapa 12

Índice de concentración (I_c) de la población nativa (por área de la ecología urbana). Neuquén, 1970-1990.



Fuente: Elaboración propia con ArcView GIS 3.3 a partir de planos del DPEC.

Mapa 13

Índice de concentración (I_c) de los migrantes de otras provincias (por área de la ecología urbana). Neuquén, 1970-1990.



Fuente: Elaboración propia con ArcView GIS 3.3 a partir de planos del DPEC.

¹⁰ Los migrantes de Capital Federal, provincia de Buenos Aires, Córdoba y Mendoza constituyeron respectivamente el 14, 27, 7 y 12% del total de contrayentes nacidos en otras provincias argentinas (cerca del 60% del total los “argentinos no neuquinos” registrados).

El patrón de asentamiento de la población nativa no exhibió cambios significativos en las décadas que siguieron a 1970. Como es lógico imaginar, en una ciudad de repentino crecimiento, los neuquinos tendieron a ubicarse en los sectores más antiguos y, sobre todo, en los barrios que conformaban el primer anillo de la ciudad. En tiempos más recientes, la norma pareciera ser la mayor presencia de los hijos de quienes habían llegado durante el *boom demográfico* de mediados de siglo y, consecuencia directa de esto, la paulatina desaparición de hijos de los migrantes transoceánicos. En el segundo anillo su concentración descendía hasta llegar a 0,9. El centro neuquino muestra, por su parte, una concentración de 1. Esto significa que los nacidos en la capital, tal como sucedía a mediados de siglo, presentaban una distribución similar a la del total de la población en ese sector de la ciudad (Cuadro 6).

Entre los migrantes llegados del otro lado de los Andes distinguimos una realidad completamente diferente. A la misma distancia del comportamiento centralizado de los migrantes de otras provincias y de la equidistribución de los nativos, su concentración en el espacio de antiguo poblamiento era considerablemente baja (0,3). En los barrios más consolidados de la ciudad, que por comodidad incluimos en el primer anillo, la situación había cambiado levemente: un I_c de 1 nos advierte sobre la creciente concentración de los chilenos en los espacios más antiguos de la ciudad. Dos factores ayudan a entender este comportamiento. Si, por un lado, es probable que los migrantes trasandinos hayan adquirido algunas de las parcelas que el mercado inmobiliario ofrecía en los barrios de mayor expansión (en especial *El Belgrano*); por el otro, no deberíamos descartar la posibilidad que la radicación en el primer anillo haya sido el punto de llegada de un prolongado itinerario por la ciudad. La extinción del asentamiento temporal ligado al calendario agrícola y el reforzamiento de comportamientos urbanos son fundamentales para explicar la aparición de trayectorias de más largo aliento. De todos modos, la mayor presencia trasandina en los barrios del primer anillo no es suficiente para torcer esa tendencia que asociaba a este flujo con los asentamientos más alejados del centro. De ahí que en la “nueva periferia” el I_c de los chilenos se dispare a niveles extraordinarios (1,8), mostrando una *performance* superior a los sesenta y a la altura de los indicadores de los migrantes de otras provincias en el centro de la ciudad (Cuadro 6- Mapa 10).

Si los migrantes de otras provincias y los trasandinos conservaron los mismos patrones de asentamiento, ¿qué podríamos decir de los llegados del interior provincial? Tomando distancia del patrón de asentamiento de los sesenta, bastante cercano a la equidistribución, este conjunto de migrantes tendió a concentrarse en los espacios menos consolidados de la ciudad (Cuadro 6- Mapa 11). Es posible que esta situación se relacione con la menor intensidad del flujo nacido en los departamentos de mayor atraso relativo. Cuando la provincia daba sus primeros pasos, el éxodo del interior era considerable y su solución era un tópico repetido de la retórica planificadora oficial. Conforme el Estado provincial fue extendiendo sus brazos sobre el territorio neuquino, la cantidad de migrantes de este origen fue disminuyendo. La creación de empleos públicos en las comarcas cordilleranas hizo de la movilidad una alternativa sólo para quienes sobrevivían en los márgenes de estas sociedades rurales. Esta situación favoreció el traslado de una población de escasa instrucción que se ocupó en los eslabones más débiles de la estructura ocupacional. El patrón de asentamiento de los migrantes del interior provincial podría sintetizarse de la siguiente manera: mientras en el casco original de la ciudad encontramos una proporción menor a la esperable, en el primer anillo su participación era igual al porcentaje de la población radicado en el sector (1,1) y en los barrios del segundo anillo su presencia era bastante más intensa (1,3).

De este recorrido por los Ic de los diferentes grupos migratorios surge un dato difícil de cuestionar: los patrones advertidos hacia mediados del siglo XX gozaban, en las décadas de los setenta y ochenta, de una salud envidiable. Los migrantes llegados de Chile y del interior provincial seguían siendo el par más unido desde un punto de vista espacial entre las seis combinaciones posibles (Cuadro 12). La procedencia rural de ambos flujos se tradujo en una inserción en los empleos menos calificados de la estructura ocupacional y, como consecuencia, en un asentamiento en el segundo anillo de la ciudad. Esta coincidencia habitacional era fácilmente traducible en espacios de sociabilidad compartidos que pudieron favorecer la formación de parejas “mixtas”. En esta *homogamia social*, que no debe confundirse con una *exogamia*, encontramos un mecanismo que estimulaba la integración de los migrantes a un escenario donde su universo relacional no era un reflejo automático de las pautas pre-migratorias. Los migrantes de otras provincias conservaban, al igual que los chilenos, una relativamente alta segregación, sólo que en un sentido inverso: si los llegados del otro lado de los

Andes estaban sobrerrepresentados en la nueva periferia, los primeros presentaron, desde muy temprano, un comportamiento centralizado. Un Id superior a 36 es dato que brinda evidencia adicional sobre la enorme distancia socio-espacial entre ambos flujos migratorios (Cuadro 12). El par formado por los migrantes interprovinciales y los nacidos en la ciudad se encuentra, en cambio, en las coordenadas opuestas. Un Id bajo, que apenas alcanzaba 16, habla muy bien de un fuerte contacto con la población nativa, cuya inmensa mayoría habitaba en las manzanas del “centro extendido” y, dentro de ellas, en las que formaban el trazado original de la ciudad (Cuadro 12). Cifras como estas, aunque no explican por si solas la existencia de redes posmigratorias, nos avisan de un terreno fértil donde es probable que esta últimas se hayan conformado.

Algunas consideraciones finales

Podríamos concluir el presente trabajo con una síntesis de los principales hallazgos realizados en materia de diferenciación socio-espacial. La primera constatación que surgió de los centenares de actas matrimoniales exploradas fue la inadecuación de plantilla de Burgess para la interpretación de la realidad neuquina. A diferencia del modelo norteamericano, cuyo ejemplo paradigmático es Chicago, Neuquén planteaba una serie de franjas que perdían brillo a medida que nos alejábamos del centro de la ciudad. Este último, lejos de alojar la “mala vida” o de ser un espacio relegado, albergó los sectores más encumbrados de la sociedad. Así pues, Neuquén, con las particularidades propias de una ciudad intermedia, presentaba elementos señalados por estudiosos de las ciudades latinoamericanas como Bahr y Mertins (1981) o Griffin y Ford (1981). Otro de los conceptos que pusimos en tensión fue el de *ghetto* o, lo que es igual, áreas culturalmente homogéneas y habitadas mayoritariamente por migrantes. En su lugar, encontramos asentamientos, básicamente heterogéneos, en los cuales algunos grupos migratorios tuvieron un mayor peso: los llegados de otras provincias presentaron una fuerte presencia en el centro de la ciudad; mientras que los migrantes intra-provinciales y, sobre todo, los chilenos ganaban terreno a que medida nos internamos en la periferia.

Luego de analizar los patrones residenciales de diferentes grupos migratorios, es importante que imaginemos a Neuquén como laboratorio donde evaluar la capacidad explicativa de fórmulas de probada eficacia en otros escenarios. La particular distribución de la población dentro de la ciudad, nos permite matizar un supuesto

defendido por los defensores del “pluralismo cultural”: la importancia que la interacción tenía en la elección de un destino en lugar de muchos otros. Esa valiosa preocupación presenta, desde nuestra óptica, un defecto: el estudio de la manera en las que las relaciones forjadas en los escenarios de partida eran trasplantadas a los espacios de recepción, restaba posibilidades de explorar las relaciones que los migrantes establecían con otros actores sociales. Así, un universo de relaciones pre-migratorias “fuertes” pasaba a las ciudades receptoras bajo la forma de redes compactas y escasamente conectadas con el exterior. Esta mirada, atenta al universo relacional de los migrantes, fue llevada al análisis del espacio. Aunque importante en la difusión de la información y en la ayuda a los potenciales migrantes en las áreas de partida (recordemos la idea de campanilismo de Sturino o la de espacio social de Morel), en las áreas de recepción se comportaba como una variable dependiente del universo relacional y, por esa razón, no tenía influencia alguna en el desarrollo de nuevos tipos de sociabilidad.

Aunque muy adecuada para describir el primer tramo de la experiencia migratoria, esta mirada muestra dificultades cuando nos sumergimos en procesos de más largo aliento. El estudio del caso neuquino, aunque alejado en tiempo y espacio del centro de la discusión, nos obligó a desechar ese supuesto. Como intentamos demostrar a lo largo de la ponencia, la trama de relaciones tejida en los lugares de llegada tuvo en la cercanía espacial uno de sus condicionantes básicos. De ahí que hayamos imaginado a la experiencia migratoria como un quiebre en la trayectoria vital del migrante: aunque las redes de paisanaje no se diluyeron en el nuevo contexto, no fueron el único recurso a disposición de los migrantes. La concentración espacial, lejos de ser el punto de llegada de sociabilidades basadas en la afinidad cultural, se comportaba como el punto de partida de procesos de interacción que no necesariamente estaban relacionados con el origen migratorio.

Ahora bien, descartada la variante pluralista, ¿era posible pensar a Neuquén a partir de la idea de *melting pot*? Si esto significa el desarrollo de un proceso que dio lugar a una identidad neuquina única y excluyente, la respuesta es negativa. Pero si pensamos que algunas áreas de la ciudad funcionaron como espacios de intercambio cultural, la contestación puede adquirir un nuevo sentido. Esos espacios, que albergaban a los estratos inferiores de la clasificación ocupacional, fueron objeto de un “crisol por debajo” que se encuentra en la base de la formación de los sectores populares

neuquinos. Algo no muy diferente podríamos decir del área central de la ciudad. En esas manzanas, donde existía una fuerte concentración de los migrantes de otras provincias y una importante porción de la población nativa, es probable que haya funcionado un “crisol por arriba” que acentuó el carácter dual de la ciudad.

Bibliografía:

ARRIAGADA Luco, CAMILO Y RODRIGUEZ VIGNOLI, Jorge (2003): *Segregación residencial en áreas metropolitanas de América Latina: magnitud, características, evolución e implicaciones de política*, Santiago, CELADE.

AUYERO, Javier (1997): *La política de los pobres. Las prácticas clientelares del peronismo*, Buenos Aires, Manantial, 1997.

BÄHR, Jürgen y MERTINS, Günter, (1981): "A model of the social and spatial differentiation of Latin American metropolitan cities", *Applied Geography and Development*, Institute for Scientific Cooperation: 21.

BAILY, Sam: "Marriage patterns and immigrant assimilation, in Buenos Aires, 1882-1923", *Hispanic American History Review*, Vol. 6, n° 1, 1980.

BANDIERI, Susana (2002): "La persistencia de los antiguos circuitos mercantiles en los Andes meridionales", en Mandrini, Raúl y Paz, Carlos (Comp.), *La frontera hispano-criolla del mundo indígena latinoamericano en los S. XVII y XIX*, Tandil, IEHS-CEHIR.

(2005), *Historia de la Patagonia*, Buenos Aires, Sudamericana, 2005.

BLANCO, Graciela y otros (1997): *Neuquén: 40 años de vida institucional*, Neuquén, CEHIR-COPAIDE.

BORGES, Marcelo (1991): "Características residenciales de los inmigrantes portugueses en la ciudad de Buenos Aires en la segunda mitad del siglo XIX", *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, n° 18, Buenos Aires, CEMLA.

BURGESS, E., (1925): "The growth of the city: an introduction to a research project", en PARK, E. y otros, *The city*, Chicago, University of Chicago Press.

COLSSON, Elizabeth (1978): "A Redundancy of Actors", Fredrik Barth (ed.) *Scale and Social Organization*, Oslo, Universitetsforlaget.

DA ORDEN, María (2000): “Cadenas migratorias, familias y pautas de residencia: una nueva mirada a una vieja cuestión. Mar del Plata (1910-1930), Estudios migratorios Latinoamericanos, n° 45, Buenos Aires, CEMLA.

(2005): *Inmigración española, familia y movilidad social en la Argentina Moderna. Una mirada desde Mar del Plata*, Buenos Aires, Biblos.

DEVOTO, Fernando (1985): “Patrones de residencia de los italianos en Buenos Aires y Nueva York, 1880-1914”, *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, n° 1, Buenos Aires, CEMLA.

(2003), *Historia de la inmigración en la Argentina*, Buenos Aires, Sudamericana.

DUNCAN, O. y DUNCAN, B. (1955): “Methodological analysis of segregation index”, *American Sociological Review*, n° 20.

FREIDIN, Betina (2001): “El uso del enfoque biográfico para el estudio de las experiencias migratorias femeninas”, en Sautu, Ruth (Comp.), *El método biográfico. La reconstrucción de la sociedad a partir del testimonio de los actores*, Buenos Aires, Editorial de la Universidad de Belgrano.

FRID, Carina (1991): “Inmigración y selección matrimonial: el caso de los italianos en Rosario (1870-1910)”, *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, n° 18, Buenos Aires, CEMLA.

FUENTES, Ricardo y NUÑEZ, Paula (2007): *Sectores populares: identidad cultural e historia en Bariloche*, Bariloche, Núcleo Patagónico.

GERMANI, Gino (1955): *Estructura social en la Argentina*, Buenos Aires, Raigal, 1955.

(1965): “Asimilación de inmigrantes en el medio urbano: notas metodológicas”, *Revista Latinoamericana de Sociología*, Buenos Aires, Vol. 1, n° 2.

(1962): *Política y sociedad en una época de transición. De la sociedad tradicional a la sociedad de masas*, Buenos Aires, Eudeba.

GRIECO, Margareth (1987): *Keeping in the family*, Londres-Nueva York, Tavistock Publications.

KLOSTER, Elba (1991): “Migración y trabajo femenino en una ciudad de crecimiento acelerado”, *Boletín Geográfico*, n° 8.

MACHADO BARBOSA, Eva (2001): “Urban Spatial segregation: foundation for a typological analysis”. International Seminar on segregation in the city, Cambridge, Lincoln Institute of Land Policy.

MASSEY, Douglas y DENTON Nancy (1988): “The Dimensions of Residential Segregation”, *Social Forces*, Vol. 67, n° 2.

MOYA, José (2003): *Primos y extranjeros. La inmigración española en Buenos Aires (1850-1930)*, Buenos Aires, Emecé.

MUGURUZA CAÑAS, Carmen y SANTOS PRECIADO, José Miguel (1989): “La importancia de las unidades de análisis en el modelo de ecología factorial”, *Espacio, tiempo y forma*, n° 2, Serie VI, Barcelona, UNED.

MUÑOZ VILLAGRAN, Jorge (2005): *Los chilenos en Neuquén-Argentina...idas y venidas*, Neuquén, EDUCO.

OTERO, H. y PELLEGRINO, A. (2004): “Compartir la ciudad. Patrones de residencia e integración de inmigrantes en Buenos Aires y Montevideo durante la inmigración masiva”, en OTERO, H. (Dir.), *El mosaico Argentino. Modelos y representaciones del Espacio y de la población, siglos XIX y XX*, Buenos Aires, Siglo XXI.

PERREN, Joaquín (2007): “Destino: Neuquén. Migraciones y patrones residenciales en la Norpatagonia (1960-1970)”, *Anuario del Centro de Estudios Históricos Prof. Carlos Segretti*, n° 6, Córdoba.

(2008): “Migraciones y patrones residenciales en el Neuquén aluvional (1970-1991)”, *Estudios migratorios*, año 21, n° 63, Buenos Aires, 2007.

(2009): *Itinerario migratorios. Integración en el Neuquén aluvional (1960-1991)*, Tesis de doctorado en Historia, Programa de Doctorado en Historia de la Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires.

(2010): “Radiografiando las ciudades. Una arqueología del estudio de la diferenciación socio-espacial”, Revista de la Facultad. Estudios Sociales, n° 16, General Roca (en prensa).

SABATINI, Francisco (2003): La segregación social del espacio en las ciudades de América Latina, Santiago, Instituto de Estudios Urbanos y Territoriales (PUCC).

SÁNCHEZ, Darío Cesar; SASSONE, Susana María y MATOSSIAN Brenda (2007): “Barrios y áreas sociales de San Carlos de Bariloche: Análisis geográfico de una ciudad fragmentada”, IX Jornadas Argentinas de Estudios de Población, Huerta Grande, Asociación de Estudios de Población de la Argentina.

SHEVKY, E. y BELL, W. (1955): *Social Area Analysis*, Berkeley, University of California Press.

STURINO, Franc, (1988): “Emigración italiana: reconsideración de los eslabones de la cadena migratoria”, *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, Buenos Aires, CEMLA, Año 3, n° 8.

TORRES, Horacio (1978): “El mapa social de Buenos Aires en 1943, 1947 y 1960. Buenos Aires y los modelos urbanos”, *Desarrollo Económico*, Vol. XVIII, n° 70.

TOUTOUNDJIAN, Beatriz, y HOLUBICA, Susana (1990): *Estudio de la inmigración interna e interna en la Provincia de Neuquén*, Buenos Aires, CFI.

TRPIN, Verónica (2004): Aprender a ser chilenos. Identidad, trabajo y residencia de migrantes en el Alto Valle de Río Negro, Buenos Aires, IDES.

VAPÑARSKY, Cesar y PANTELAIDES, Edith (1983): *Los pueblos del Norte de la Patagonia 1789-1957*, General Roca, Editorial de la Patagonia.

(1987): *La formación de un área metropolitana en la Patagonia. Población y asentamiento en el Alto Valle*, Buenos Aires, CEUR.